

Capítulo 1

Evolución del concepto y de las principales Teorías del desarrollo

El Enfoque Clásico: el Ser Humano como Fuente de Riqueza Material e Inmaterial

Los economistas clásicos desarrollaron sus planteamientos sobre el desarrollo alrededor de cinco recursos fundamentales, uno de carácter estático, la naturaleza y sus recursos; otro de carácter dinámico y fuente de toda riqueza, el ser humano; y los tres restantes, resultado de la creación humana, las instituciones, las máquinas y equipos (capital físico) y la tecnología. Sin embargo, los tres últimos tienen en ellos más un carácter de condicionantes que de fuentes del crecimiento económico.

Desde las preocupaciones de Malthus (1798) con respecto a los desequilibrios entre el crecimiento de la población a ritmos geométricos y el de los alimentos a ritmos aritméticos, pasando por los desarrollos de Smith (1776) con respecto al papel del trabajo, el capital y la tierra en la producción, hasta los posteriores desarrollos de Ricardo (1817) con respecto a la renta del suelo y sus rendimientos decrecientes, los de Mill (1848), y sobre todo, los planteamientos de Marx (1867), cada uno de ellos colocó siempre al ser humano como el objeto y sujeto del desarrollo, hasta el punto de que ello podría considerarse como el fundamento de la teoría de la plusvalía en este último autor, al afirmar que la fuente de toda riqueza y valor es el ser humano, y, por

lo tanto, todos los demás medios de producción son creación de este para hacer más eficiente su labor. Los siguientes textos definen claramente sus planteamientos al respecto.

Malthus

El principal objeto del presente Ensayo es examinar los efectos de una gran causa, íntimamente unida a la naturaleza misma del hombre, la cual si bien ha estado actuando constantemente desde el origen de la sociedad, ha recibido poca atención por parte de quienes se han ocupado de estos temas [...]. La causa a que aludo es la tendencia constante de toda la vida a aumentar, reproduciéndose más allá de lo que permiten los recursos disponibles para su subsistencia [...]. Es ésta una verdad incontrovertible [...]. Puede afirmarse que la población, cuando no se ponen obstáculos [...] aumenta en una progresión geométrica [...]. Podemos llegar a la conclusión de que, teniendo en cuenta el estado actual de la tierra, los medios de subsistencia, aún bajo las circunstancias más favorables a la actividad humana, no podrían aumentar con mayor rapidez de la que supone una progresión aritmética. (1951, pp. 7-10)

El planteamiento de Malthus destaca el papel crucial que juega el capital natural (la tierra y su productividad) y el capital humano (número y la capacidad humana para producir) en el crecimiento de la producción de medios de subsistencia.

Smith

Aunque Adam Smith consideró el trabajo como única medida de valor y se ocupó del problema de la distribución, su preocupación principal fue la explicación del fenómeno dinámico del crecimiento de la producción y su impacto en el desarrollo de las sociedades.

Este autor reconoce la existencia de tres factores de producción: tierra, trabajo y capital, así como las limitaciones al proceso de crecimiento generadas por las instituciones y la ausencia de innovación tecnológica. Destaca la

importancia del tamaño del mercado como condición necesaria para la materialización de los rendimientos crecientes a escala, y de esta forma permitir la división del trabajo y las mejoras en la maquinaria.

Salarios, beneficio y renta son las tres fuentes originarias de toda clase de renta y de todo valor de cambio. Cualquiera otra clase de renta se deriva, en última instancia, de una de estas tres [...]. Quien percibe renta de su fundo que le pertenece, la deriva de su trabajo, de su capital o de su tierra. La renta que procede del trabajo se llama salario, la derivada del capital, por la persona que lo emplea y administra, se denomina beneficio y la que obtiene la persona que no lo emplea por su cuenta, sino que lo presta a otro, se califica de interés o usura. (1958, pp. 51-52)

Ricardo

Supongamos pues que la tierra -No 1, 2, 3- rinda, con un mismo empleo de capital y de trabajo, un producto neto de 100. 90 y 80 cuartales de maíz. En un país nuevo, donde exista abundancia de tierra fértil, en comparación con la población y, donde, por lo tanto, es tan sólo necesario cultivar la No 1, todo el producto neto pertenecerá al agricultor, y representará las utilidades del capital que adelanta. Tan pronto como la población se haya incrementado, hasta un punto que haga necesario cultivar la No. 2, de la que sólo pueden obtenerse 90 cuartales después de sostener a los trabajadores, la renta comenzará en la No. 1, porque o debe haber dos tasas de utilidades del capital agrícola, o sean diez cuartales, o bien el valor de los diez cuartales deberá deducirse del producto de la No. 1, para algún otro propósito [...]. Del mismo modo, podría demostrarse que cuando la No. 3 se pone en cultivo, la renta de la No 2 deberá ser de diez cuartales, porque el cultivador de la No. 3 tendría las mismas utilidades si pagara veinte cuartales por la renta de la No. 1, diez cuartales por la renta de la No. 2, que si cultivara la No.3 libre de toda renta. (1997, pp. 53-54)

El precio natural de todos los bienes, salvo de los productos primos y el de la mano de obra, tiende a disminuir al progresar la riqueza y la población, pues aunque, por una parte aumentan en su valor real. Debido al aumento en el precio natural de las materias primas con que se elaboran, están más que compensadas por las mejoras en maquinaria y, por una mejor división y distribución de la mano de obra, y por la creciente habilidad, tanto científica como industrial de los productores. (p. 71)

Entonces, aunque es probable que bajo circunstancias más favorables, el poder de la producción sea todavía mayor que el de la población, no será por mucho tiempo, porque la tierra es limitada en cantidad y, al diferir en calidad, con cada mayor porción de capital empleado en ella, se registrará un menor índice de producción, en tanto que el poder de la población continúa siendo siempre el mismo. (p. 75)

Sin duda la principal preocupación de Ricardo era la presencia de rendimientos decrecientes en el uso de la tierra frente al crecimiento observado de la población.

Mill

El trabajo es corporal o mental [...] y es necesario incluir en la idea, no sólo el esfuerzo en sí, sino todas las sensaciones de naturaleza desagradable, todas las incomodidades corporales o molestias mentales relacionadas con el empleo de nuestros pensamientos o de nuestros músculos, o de ambos, en determinada ocupación. En cuanto al otro requisito, -objetos naturales apropiados, se ha de observar que existen o crecen espontáneamente algunos objetos de naturaleza apropiada para satisfacer las necesidades humanas [...]. En todos los casos, excepto en los que hemos citado [...] los objetos suministrados por la naturaleza no sirven para satisfacer las necesidades humanas sino después de sufrir alguna transformación mediante el esfuerzo humano [...]. No obstante, la naturaleza hace algo más que suministrar materiales, suministra también fuerza [...]. En

este caso se hace que agentes naturales: el viento o la gravedad del agua, efectúen una parte del trabajo realizado anteriormente por el hombre [...]. Pero esto es suficiente para darle todo el dominio que la humanidad ha adquirido sobre las fuerzas naturales, inconmensurablemente más poderoso que esas mismas fuerzas, un dominio que, si bien es grande, está, sin duda, destinado a ser infinitamente mayor [...]. La razón por la cual se paga un precio por el uso de la tierra, es sencillamente porque su cantidad es limitada. (1951, pp. 47-50)

Queda claro entonces, a partir de estos textos, que para Mill el punto de partida de todo proceso de producción es la presencia e interacción de la capacidad humana para producir, combinada con las fuerzas de la naturaleza y los materiales que ella suministra.

Marx

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en el que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad [...] para de este modo asilarse, de una forma útil para su propia vida las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de este modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina. (1999, p. 130)

Posteriormente expresa:

Los factores simples que intervienen en el proceso de trabajo son: la actividad adecuada a un fin, o sea, el propio trabajo, su objeto y sus medios. El hombre se encuentra, sin que el intervenga para nada en ello, con la tierra, tal y como en tiempos primitivos, surte al hombre con provisiones y de medios de vida aptos para ser consumidos directamente, como el objeto general que versa el trabajo

humano [...]. Por el contrario, cuando el objeto sobre el que versa el trabajo ha sido ya, digámoslo así, filtrado por un trabajo anterior, lo llamamos materia prima [...]. Toda materia prima es objeto de trabajo, pero no todo objeto de trabajo es materia prima. Para ello es necesario que haya experimentado, por medio del trabajo, una cierta transformación. (p. 131)

Se pone en evidencia en estos párrafos el reconocimiento del autor a los dos factores básicos del proceso de producción, el trabajo y la naturaleza.

La visión antropocéntrica y ambientalmente sostenible del desarrollo de los clásicos se perdió en la segunda mitad del siglo XIX y fue reemplazada en los años 30 del siglo XX por los modelos keynesiano y neoclásico, en los cuales el capital físico se convierte en la fuente fundamental del crecimiento económico.

El Crecimiento Económico en Keynes

Las economías capitalistas habían experimentado un gran auge en el siglo XIX, debido, fundamentalmente, a los procesos de acumulación de capital impulsados por un mercado en permanente expansión, por la mejora en los ingresos en los consumidores y el cambio tecnológico propiciado por la revolución industrial. Esta situación cambió en los inicios del siglo XX, ya que la economía mundial empezó a mostrar síntomas de desaceleración, lo cual alcanzó el punto culminante con la gran depresión de los años 30, un colapso generalizado de la economía mundial.

La visión de Keynes sobre las fuentes del crecimiento económico en el largo plazo se presenta en el artículo *Algunas consecuencias económicas de un crecimiento poblacional en descenso*, publicado en el año 1937, en el cual define explícitamente las relaciones existentes entre el crecimiento y la estructura de la población, la distribución de los ingresos y los niveles de ahorro e inversión, y la producción y el empleo. En efecto, en este artículo la inversión depende del tamaño de la población, la tasa de interés y la tecnología, en tanto que en la teoría general la inversión agregada dependía de la tasa de interés y la eficiencia marginal del capital. Según el autor, una disminución de

la eficiencia marginal del capital y un aumento en la preferencia por liquidez son los factores determinantes de la recesión económica en el corto plazo. Sin embargo, en su visión de largo plazo, del mencionado artículo, el autor sustituye la eficiencia marginal por la tasa de crecimiento de la población, porque considera que la primera es una función del crecimiento poblacional en el largo plazo, ya que al ampliarse la población la demanda agregada (el mercado interno) se amplía. Esto crea expectativas positivas en los productores, estimulándolos a invertir en nuevos proyectos (Tarascio, 1971). En palabras de Keynes (1937):

Dado que las expectativas de los productores se basan más en la demanda presente que en la futura, una era de población en crecimiento tiende a promover el optimismo, dado que la demanda tenderá en general, a exceder, más que a estar por debajo de lo que se puede producir. Más aún, un error, resultante del hecho de que la demanda por un determinado tipo de capital esté temporalmente ociosa por exceso de capacidad instalada puede, en estas condiciones, corregirse rápidamente; pero en una era de descenso en el crecimiento poblacional, lo contrario es cierto. La demanda tiende a estar por debajo de lo esperado y un estado de exceso de capacidad instalada no se corrige fácilmente. La resultante de esto es una atmósfera pesimista y, aunque en el largo plazo el pesimismo desaparecerá a través del efecto sobre la oferta, el primer impacto del paso de una tasa de crecimiento poblacional creciente a una decreciente sobre la dinámica de la economía puede ser desastroso. (p. 14) (traducción del autor)

El Enfoque Neoclásico y sus Variantes: Crecimiento como Sinónimo de Desarrollo

La evolución del concepto de desarrollo fue notoria en el siglo pasado, sobre todo a partir de la década de los años 30. El punto de partida de esta evolución lo constituyeron los modelos clásicos de crecimiento económico (Smith, 1958; Ricardo, 1959; Schumpeter, 1963; Adelman, 1964) y la elaboración neoclásica de estos modelos, en los cuales se define el crecimiento económico

en términos del logro de una tasa mínima de acumulación de capital, de modo que permita alcanzar un crecimiento acelerado del producto e ingreso por habitante (Harrod, 1939; Swan, 1956; Solow, 1956), con la esperanza de que en la medida en que aumentan los ingresos de un país, la distribución de esos ingresos vaya evolucionando hacia menores niveles de desigualdad (Kuznets, 1955).

Harrod-Domar

Los planteamientos de Harrod (1939) parten de cuatro supuestos fundamentales: i) el nivel de ahorro agregado (S), *ex ante*, es una proporción constante del ingreso nacional (Y), por lo tanto: $S = s \cdot Y$ siendo s la propensión media a ahorrar del ingreso, ii) la fuerza de trabajo crece a una tasa constante n , con rendimientos constantes, no decrecientes, como lo plantearon los clásicos. iii) Se supone la existencia de una proporción fija entre el capital y el trabajo y la no existencia de progreso tecnológico ni de depreciación del capital invertido, y iv) el capital (K) es una parte de la producción existente, $K = v \cdot Y$, siendo v la relación capital producto.

El aumento del capital se relaciona con el incremento del ingreso de la siguiente forma: ($DK = v \cdot DY$), donde la letra D denota el cambio en el capital o el producto y v es la relación marginal capital-producto. Dado que se supone que el ahorro es igual a la inversión, entonces ($S = Dk = I = DY$) y ($v \cdot DY = s \cdot Y$). Y de la cual se deriva lo que Harrod denominó la ecuación fundamental, expresada como: $(DY/Y) = (s/v)$, donde el primer término es la tasa de crecimiento del ingreso nacional, la cual debe ser igual a la relación existente entre la propensión media al ahorro y la relación capital producto, si se desea que la economía permanezca en equilibrio. A esta tasa de crecimiento se lo denomina la tasa de crecimiento efectiva (G).

La versión de Domar (1937, 1946) de este modelo es muy similar a la de Harrod (1939), excepto en los siguientes aspectos: i) la propensión media ahorrar se reemplaza por la propensión marginal a ahorrar. ii) Mientras que para Harrod el equilibrio se alcanza cuando la tasa de crecimiento es igual a (s/v) , para Domar ese equilibrio se da cuando la tasa de crecimiento de la inversión iguala a la propensión marginal a ahorrar s . iii) Mientras que en Harrod para

que exista el pleno empleo se requiere que la tasa de crecimiento garantizada sea igual a la natural ($G = G_w = G_n$), en Domar la condición de equilibrio ($G = G_w$) implica ya el pleno empleo. iv) En el modelo de Domar no se especifica una función de inversión, solo unas condiciones de consistencia, en tanto que en el de Harrod se define una función basada en la teoría simple del acelerador. v) Para Harrod es la escasez de mano de obra la que puede dificultar el crecimiento en el largo plazo, en tanto que para Domar es la escasez de capital para invertir. vi) Mientras que para Harrod el desempleo es el problema básico a resolver, para Domar es la capacidad productiva no utilizada la que afecta el crecimiento (Galindo y Malgesini, 1994).

Solow

Para resolver el problema de Harrod, al considerar que s , v y n son constantes, Solow (1956) los define como variables a lo largo del tiempo, de tal forma que exista la posibilidad de sustitución de factores y flexibilidad en la relación capital-producto, y plantea el siguiente modelo: i) se supone que se produce un solo tipo de bien, denominado Y . El ahorro se comporta de manera proporcional a la producción, de tal forma que ($S = s \cdot Y$). s siendo el ahorro Y_s la proporción ahorrada; ii) el stock de capital (K) no se deprecia y la inversión neta (I) es el crecimiento del stock de capital, es decir, ($DK = s \cdot Y$). Y ya que en equilibrio la inversión tiene que ser igual al ahorro; iii) la función de producción continua, y con rendimientos constantes se expresa en términos de dos factores: capital y trabajo, $Y = f(K, L)$, siendo L la cantidad de trabajo empleada, la cual se puede expresar alternativamente como $y = f(k)$, siendo $y = (Y/L)$ y $k = (K/L)$, en la cual la productividad marginal del capital es positiva para todo k y disminuye cuando el capital por trabajador aumenta. iv) La fuerza de trabajo crece a un nivel proporcional constante y exógeno (n), o sea, $(DL/L) = n$. Adicionalmente, la mano de obra disponible, L , crece a una tasa exponencial en el tiempo.

Con todos estos elementos, Solow deriva su ecuación fundamental del equilibrio: $DK = s \cdot f(k) - n(k)$, en la cual $s \cdot f(k)$ es el ahorro por trabajador, equivalente al flujo de inversión por trabajador, y $n(k)$ sería la inversión que necesaria para mantener constante la relación capital/trabajo, dado que el

número de trabajadores crece a la tasa n . De lo anterior se infiere que k está relacionada positivamente con el ahorro y negativamente con el crecimiento de la población, contrario a lo expresado por Keynes, en el sentido de que una población en crecimiento estimula la demanda y mejora las expectativas de los empresarios en el proceso de inversión. El modelo puede ser ampliado para considerar la depreciación del *stock* de capital, incluir el progreso técnico y considerar alternativas para la forma de la función de producción (Galindo y Malgesini, 1994, pp. 30-40).

Una variante de estos modelos combina el rápido crecimiento del producto con una disminución acelerada de la tasa de crecimiento de la población, pues considera que una elevada tasa de crecimiento poblacional constituye el principal obstáculo para el logro de niveles adecuados de ahorro e inversión, lo cual dificulta el crecimiento de producto por habitante (Coale y Hoover, 1958; Enke, 1971,1974; Leff, 1969; Leibenstein, 1954).

Estrategias concretas para el logro del objetivo del acelerado crecimiento del producto se desarrollaron en los modelos duales, los cuales consideran que las mayores posibilidades de crecimiento acelerado se encuentran en el sector moderno (industrial) de la economía, y por lo tanto el desarrollo implica un traslado gradual de la mano de obra y el capital sobrante en el sector tradicional (agrícola), hacia el sector moderno (Lewis, 1954; Ranis y Fei, 1961; Jorgenson, 1967).

Posteriormente, en los llamados modelos de crecimiento basados en el sector líder, los cuales parten del supuesto de insuficiencia de recursos para impulsar un desarrollo sectorial equilibrado, se sugiere concentrar la inversión en unos pocos sectores seleccionados, de tal forma que ofrezcan el mayor número de interrelaciones con otros sectores de la economía, y puedan ser estimulados exógenamente (Hirschman, 1958; Currie, 1966,1974).

Recientemente estos planteamientos han revivido en los modelos de desarrollo llamados de crecimiento endógeno, con la diferencia de que ellos plantean concentrar la inversión, no en sectores específicos de la economía, tales como la agricultura o la industria, sino en aquellos de naturaleza transversal, generadores de externalidades positivas para toda la actividad económica, como la infraestructura de vías y servicios públicos, la educación, la

salud y demás relacionados con la creación de capital humano (Romer, 1986, 1991; Aghion y Howitt, 1997).

Las críticas al enfoque del crecimiento económico como sinónimo de desarrollo han sido de los siguientes tipos: i) conceptual, en el sentido de que se considera que es un indicador insuficiente como medida de bienestar (Hicks y Streeten, 1979; Griffin y Khan, 1978); ii) metodológico, ya que además presenta muchos problemas para efectos de comparaciones de niveles de desarrollo entre países (Kravis et al., 1978; United Nations [UN], 1975); iii) estadísticos o en su medición (Seers, 1972; Anderson, 1991); y iv) empírico, ya que la experiencia de la mayoría de los países en desarrollo en los cuales se adoptó este enfoque a partir de la década de los años 50, muestra que aunque lograron avances significativos en el nivel del ingreso por habitante, debido a tasas de crecimiento relativamente altas de la producción y el éxito relativo de las políticas orientadas a desacelerar el crecimiento poblacional, no parecen haber avanzado mucho en el objetivo de reducir los niveles de pobreza extrema (miseria) en grupos relativamente grandes de su población, y más aún, en algunos casos los objetivos del crecimiento económico parecen haber agravado los problemas de distribución de la riqueza y bienestar (Meier, 1970; Hagen, 1980; Griffin y Khan, 1978; Altimir, 1978; Ahluwalia et al., 1979).

Las anteriores consideraciones llevaron a un replanteamiento de los objetivos y estrategias del desarrollo, y es así como a partir de 1969 el Programa Global de Empleo de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) organiza una serie de estudios específicos en diferentes países del mundo (1970, 1976a, 1976b), encaminados a analizar las interrelaciones entre empleo y desarrollo económico y social, bajo el supuesto de que mediante la generación de más empleos, más productivos, se podían mejorar las condiciones de vida de los más pobres de la población. Sin embargo, y a pesar de la importancia innegable que se le reconoce al empleo como medio y como fin del desarrollo, la misma OIT (1976a) concluyó que la generación de empleo por sí misma no constituye la solución definitiva al problema de la pobreza en el mundo, y planteó la necesidad de integrar cualquier estrategia de empleo con otros objetivos del desarrollo, especialmente con aquellos que se refieren a la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

El Enfoque Banco Mundial: Redistribución con Crecimiento

A comienzos de la década de los años 70 el Banco Mundial también inicia esfuerzos tendientes a formular una estrategia de desarrollo con el fin de conciliar los objetivos del crecimiento con la distribución de los ingresos y la riqueza (Chenery et al., 1974; Ahluwalia, et al., 1979). Sin embargo, las dificultades inherentes a la implementación de una política de redistribución de ingresos y riqueza, una vez iniciado el proceso de crecimiento, llevaron a algunos economistas a pensar que esta distribución debería hacerse antes de iniciar un proceso de crecimiento económico acelerado, con el propósito de alcanzar un mínimo de equidad en la distribución de los beneficios del crecimiento (Adelman, 1978).

Las preocupaciones del mundo respecto al crecimiento económico ocuparon toda la atención de la dirigencia mundial, dejando en un plano secundario lo relacionado con la equidad distributiva y la inclusión social. Las convulsiones sociales, así como los movimientos de protesta y de inconformidad presenciados en los últimos años, iniciados con la primavera árabe, seguidos por manifestaciones en España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Brasil, entre los más significativos, han logrado colocar este tema en la primera página de la agenda mundial del desarrollo en el siglo XXI. La discriminación, la falta de oportunidades y la carencia de buenas propuestas en materia educativa y de salud son los principales motivadores de esta inconformidad generalizada a nivel mundial (Stiglitz, 2012).

Lo anterior ha generado una dinámica enfocada a la búsqueda de la inclusión social y la equidad distributiva, para garantizar igualdad de oportunidades para todos, en un mundo en el cual la discriminación social y la desigualdad de oportunidades son cada vez más acentuadas (Sen, 1973, 2000, 2007b; Adelman y Morris, 1973; Chenery, 1974; Cepal, 1990; Fukuyama, 1996; Bervejillo, 1999; Banerjee y Duflo, 2011; Acemoglu y Robinson, 2012; Stiglitz, 2012; Malta, 2013; Piketty, 2014, Echeita, 2014).

Stiglitz, hablando por el 99 % de la población mundial que se siente excluida de la élite más rica del mundo, presenta las consecuencias de la inequidad y desigualdad en las economías. El mérito de su trabajo está en

mostrar cómo a mayor desigualdad menor crecimiento económico, como consecuencia del estrechamiento de los mercados. Dado que el crecimiento económico de un país depende de la capacidad de expansión de su mercado, en la medida en que menos población tenga capacidad de compra, menores son sus posibilidades de crecer. Por lo tanto, una política de inclusión económica y social, orientada a brindar oportunidades para todos, es la mejor garantía para alcanzar crecimiento económico sostenido.

En sus palabras:

El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita [...]. El éxito de una economía únicamente puede evaluarse examinando lo que ocurre con el nivel de vida –en sentido amplio– de la mayoría de sus ciudadanos durante un largo período [...]. Estamos pagando un alto precio por nuestra enorme desigualdad y dado que lo más probable es que nuestra desigualdad siga creciendo –a menos que hagamos algo– probablemente el precio que tengamos que pagar también será mayor. Quienes están en el medio y sobre todo los de abajo, pagarán el precio más alto, pero nuestro país en su conjunto –nuestra sociedad, nuestra democracia– también pagarán un precio muy alto. (2012, pp. 5, 71, 135)

De igual manera, Piketty hace una mirada crítica y de fondo al tema de la desigualdad, como no se había visto desde la época de Carlos Marx. Su libro hace un análisis muy riguroso de los patrones de la distribución del ingreso en un grupo significativo de países desarrollados, a lo largo de los dos últimos siglos, llegando a la conclusión de que esta tiende a empeorar en el tiempo, en ausencia de intervenciones deliberadas para corregirla. Además, alerta sobre lo que podría suceder si no se toman los correctivos necesarios para corregir la inequidad natural que producen los procesos productivos y económicos que actualmente existen en las economías de mercado. Un mundo cada vez más inequitativo podría conducir a una catástrofe mundial, en el momento en que las desigualdades sean tan extremas que den inicio a una guerra de todos contra unos pocos, en su lucha por la sobrevivencia. Ante esta posibilidad, el autor sugiere un conjunto de medidas para evitarla. En sus palabras:

La conclusión general de este estudio es que la economía de mercado, basada en la propiedad privada, contiene en sí misma poderosas fuerzas de convergencia, asociadas en particular con la difusión del conocimiento y las habilidades humanas, pero también contiene poderosas fuerzas de divergencia, las cuales pueden estar amenazando las sociedades democráticas y los valores de justicia social, en los cuales están basadas [...]. Las consecuencias para la dinámica de largo plazo de la distribución de la riqueza son potencialmente aterradoras, especialmente cuando uno añade que la tasa de retorno al capital varía directamente con el tamaño de la porción inicial y que la divergencia en la distribución de la riqueza está ocurriendo a escala global. (Piketty, 2014, p. 571)

El Enfoque OIT: Satisfacción de las Necesidades Básicas

Otra línea de pensamiento sobre los objetivos del desarrollo se ha realizado a partir de su formulación explícita en la *1 Conferencia Internacional del Trabajo* (OIT, 1976a). El enfoque conocido como de necesidades básicas parte de la base de que el objetivo fundamental del desarrollo es el bienestar de todos y cada uno de los individuos que conforman una determinada sociedad, y por lo tanto, una estrategia de desarrollo debe estar orientada fundamentalmente hacia el logro de niveles mínimos de bienestar material e inmaterial para la población. Ello implica el suministrar directa o indirectamente un conjunto de servicios básicos a la población, tales como alimentación, salud, vivienda, educación, entre otros.

Dentro de esta perspectiva el crecimiento del producto por habitante y la distribución de los ingresos son considerados como medios para alcanzar el objetivo final del desarrollo y no como fines o metas en sí mismos (International Labour Organization [ILO], 1976a, 1976b, 1979; Streeten, 1977, 1979; Hopkins y Scolnik, 1975; Hopkins, 1977; Lal, 1978; Hopkins y Van der Hoeven, 1979; Adelman, 1978; Ghai et al., 1977; Herrera et al., 1977; Hopkins et al., 1978; Quibria, 1982; entre otros).

A pesar de las críticas de las que ha sido objeto el enfoque de necesidades básicas (Dell, 1978; Burki y Ul Haq, 1981; Singh, 1979; Hicks, 1979;

Graciarena, 1979; Selowsky, 1981), más que todo atribuibles a una interpretación errónea de lo que el concepto y la estrategia significan (Streeten, 1979; Hopkins y Van der Hoeven, 1979, 1981, 1983a, 1983b; Hopkins et al., 1982), la controversia ha servido para despejar dudas y conciliar posiciones encontradas. Quizá lo importante de destacar aquí es el hecho de que, aunque hay diferencias alrededor de cuál debería ser la estrategia apropiada para el logro de los objetivos, pocos discuten la importancia y necesidad de retomar el bienestar de la población, medido en términos de satisfacer un conjunto de necesidades básicas, como el objetivo prioritario del desarrollo, lo cual no excluye la fijación de metas para otros objetivos, los cuales se constituyen en medios (metas intermedias) para el logro del objetivo principal.

En la literatura sobre el tema parecen identificarse dos enfoques conceptuales sobre lo que podría ser una estrategia de necesidades básicas.

El primero de ellos hace énfasis en la intervención estatal para suministrar servicios básicos a la población más necesitada. Por lo tanto, su objetivo principal sería el diseño de un programa de gasto público orientado a suministrar un conjunto de servicios básicos a los grupos más pobres, con el propósito de lograr niveles adecuados de satisfacción de sus necesidades básicas en el menor tiempo posible y de la manera más eficiente. En otras palabras, trata de responder la pregunta: dado un presupuesto público disponible para gasto e inversión en un conjunto de actividades o servicios, ¿cuál sería la asignación que permitiría alcanzar niveles mínimos de satisfacción de un conjunto de necesidades básicas en el menor tiempo posible? (Hicks, 1982; Gutkind, 1983; Richard y Leonor, 1982; Isenman, 1980; Meerman, 1979).

El segundo enfoque hace un planteamiento más global, y aunque considera la asignación del gasto y la inversión pública como un elemento importante de la estrategia, va más allá y plantea la estrategia de necesidades básicas como un esfuerzo de planificación permanente, en donde tanto la política económica como la social se orientan de tal forma que permiten alcanzar ciertos niveles en metas intermedias (ingreso per cápita, distribución del ingreso), indispensables en el logro de niveles mínimos de satisfacción de las necesidades básicas, y simultáneamente el gasto y la inversión pública

se reorientan para tratar de llegar con servicios básicos a los estratos más pobres (Hopkins y Van der Hoeven, 1981).

Aunque los dos enfoques son más complementarios que excluyentes, el primero tendría un alcance más restringido, y más que una estrategia global de desarrollo podría considerarse como una estrategia de asignación del gasto público con propósitos redistributivos de los servicios básicos, la cual solo tendría impacto en la economía a través de las mejoras en la productividad de la mano de obra.

Dadas estas concepciones, y dado que los niveles de satisfacción de las necesidades en la mayoría de los países en desarrollo dependen no solo de la acción pública, sino en buena parte de la privada, parecería más apropiado definir la estrategia de necesidades básicas como aquella que está compuesta por un conjunto de políticas orientadas a planificar la asignación de los recursos de la economía, tanto físicos como financieros y humanos, sean ellos de procedencia interna o externa, pública o privada, mediante la utilización de todos los instrumentos con que cuenta el Estado (monetarios, fiscales, crediticios, etc.) para el logro de metas específicas, en términos de la satisfacción de las necesidades básicas de los grupos sociales de la población, en el menor tiempo posible (Banguero, 1987).

Definida de esta forma, lo esencial de la estrategia sería la definición de un paquete consistente de políticas, todas ellas dirigidas hacia un propósito común, como lo es el logro de un conjunto de metas de satisfacción de las necesidades básicas de grupos específicos de la población, pero la definición misma de políticas a seguir dependería del contexto y las características de cada país.

Otro aspecto importante a destacar es el hecho de que definida la estrategia de esta manera, el logro de los objetivos, en cuanto a satisfacción de las necesidades básicas, no excluye la fijación de metas con respecto a los otros elementos de desarrollo, como podrían ser niveles mínimos de ingreso per cápita o redistribución del ingreso. Más aún, el logro de niveles mínimos en estos objetivos intermedios se convierte en un prerrequisito para alcanzar los objetivos de satisfacción de las necesidades básicas de la población (Sheehan y Hopkins, 1979).

Sin embargo, la estrategia trata de responder una pregunta de fondo, y es la relacionada a cómo asignar los recursos con que cuenta una sociedad, para orientar todos los esfuerzos hacia el logro de metas mínimas de satisfacción de las necesidades básicas de la población en el menor tiempo posible. Dentro de esta concepción, la acción del Estado es un componente muy importante de la estrategia, pero no sería la única, ya que se puede avanzar mucho en el logro de los objetivos de satisfacer las necesidades básicas, mediante la canalización y dirección de los recursos privados hacia ciertas actividades que, directa o indirectamente, permiten acelerar el proceso de disminución o erradicación de la pobreza.

El Enfoque de las Naciones Unidas: Desarrollo Humano

En los comienzos de los años 90 del siglo pasado las Naciones Unidas, asesoradas por un grupo de expertos en el tema, entre los cuales se destacan Mahbub Ul Haq, Amartya Sen y Paul Streeten, desarrollaron un enfoque alternativo para la conceptualización y medición del desarrollo humano, compuesto por cinco componentes básicos: crecimiento económico, equidad, seguridad humana, sostenibilidad y participación. Se define el desarrollo humano sostenible como la búsqueda de oportunidades, en igualdad de condiciones para todos, en educación, salud, empleo, justicia y libertad de acceso a la cultura universal. En palabras de sus autores:

Este informe es acerca de las personas y de cómo el desarrollo expande sus alternativas, es acerca de algo más que el crecimiento del PIB, de algo más que los ingresos y la riqueza y de algo más que la producción de mercancías y la acumulación de capital. El acceso de una persona a los ingresos puede ser una de las alternativas pero no resume la totalidad del empeño humano. El desarrollo humano es un proceso de expansión de las alternativas de las personas. La alternativa más decisiva dentro de este amplio espectro es vivir una vida larga y saludable, educarse y tener acceso a los recursos necesarios para un nivel de vida decente. Las alternativas adicionales incluyen la libertad política, los derechos humanos garantizados y el respeto personal por sí mismo. El desarrollo permite que las

personas tengan estas alternativas. Nadie puede garantizar la felicidad humana y las alternativas que la gente elige son asunto suyo, pero el proceso de desarrollo debiera crear por lo menos un ambiente propiciador para que las personas desarrollen, individual y colectivamente, sus plenas potencialidades y tengan una oportunidad razonable de llevar una vida productiva y creativa, de acuerdo con sus necesidades e intereses. (Naciones Unidas, 1990, p. 1)

Esta concepción de desarrollo sirvió de base para la construcción del índice de desarrollo humano, el cual se publica anualmente para todos los países del mundo. Sin embargo, y por problemas de disponibilidad de datos comparables a nivel mundial, el índice solo incluyó dos dimensiones de las cinco mencionadas: la seguridad humana, reflejada en las variables esperanza de vida al nacer y educación básica y crecimiento económico, reflejado en el ingreso por habitante, medido en términos de poder de paridad de compra. A pesar de no contemplar las otras dimensiones del desarrollo, su mérito radica en medir el desarrollo por objetivos y medios, y no solo por estos últimos, como ocurre con el producto interno bruto por habitante en el enfoque neoclásico (Naciones Unidas, 1990).

La Propuesta de Amartya Sen: Desarrollo como Libertad

Hacia finales del siglo pasado Amartya Sen (2000) propuso una concepción del desarrollo orientada a garantizar el pleno desarrollo de las libertades económicas, sociales y políticas para el conjunto de la población, y planteó un modelo de desarrollo basado en la inclusión social y la equidad, para garantizar igualdad de oportunidades en tres dimensiones: en la económica, ingreso suficiente para adquirir los bienes y servicios básicos; en la social, acceso universal a los bienes públicos fundamentales, y en la política, libertad para escoger a los gobernantes, en un mundo de total tolerancia de las diferencias de partido, credo, etnia, grupo social, etc.

En sus propias palabras:

A pesar de que la opulencia mundial ha experimentado un aumento sin precedentes, el mundo contemporáneo niega libertades básicas

a un inmenso número de personas, quizá incluso a la mayoría. A veces la falta de libertades está relacionada directamente con la pobreza económica, que priva a los individuos de la libertad necesaria para satisfacer el hambre, para conseguir un nivel de nutrición suficiente, para poner remedio a las enfermedades tratables, para vestir dignamente o tener una vivienda aceptable o para disponer de agua limpia o servicios de saneamiento. En otros casos, la privación de libertad está estrechamente relacionada con la falta de servicios y atención social públicos, como la ausencia de programas epidemiológicos o de sistemas organizados de asistencia sanitaria o de educación o de instituciones eficaces para el mantenimiento de la paz y el orden locales. En otros casos, la violación de la libertad se debe directamente a la negativa de los regímenes autoritarios a reconocer las libertades políticas y civiles y a la imposición de restricciones a la libertad para participar en la vida social, política y económica de la comunidad. (p. 20)

Se trata principalmente de un intento de concebir el desarrollo como un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutaban los individuos. En este enfoque, se considera que la expansión de la libertad es 1) el fin primordial y 2) el medio principal del desarrollo. Podemos llamarlo, respectivamente, papel constitutivo y papel instrumental de la libertad en el desarrollo. El papel constitutivo de la libertad está relacionado con la importancia de las libertades fundamentales para el enriquecimiento de la vida humana. Entre las libertades fundamentales se encuentran algunas capacidades elementales como, por ejemplo, evitar privaciones por la inanición, la desnutrición, la morbilidad evitable y la mortalidad prematura, o gozar de las libertades relacionadas con la capacidad de leer, escribir y calcular, la participación política y la libertad de expresión, etc. Desde esta perspectiva constitutiva, el desarrollo implica la expansión de éstas y otras libertades básicas. Desde este punto de vista, el desarrollo es el proceso de expansión de las libertades humanas, y su evaluación ha de inspirarse en esta consideración. (p. 55)

Según él, en este mundo de oportunidades para todos el asistencialismo no tiene cabida, porque son las personas las que crean las capacidades para

proveerse por sí mismas de todo lo que necesitan. Lo importante es, precisamente, garantizar esa libertad de oportunidades para todos.

En su concepción, el desarrollo implica el disfrute pleno de tres tipos de libertades, llamadas por él constitutivas: las económicas, o sea, el poder adquirir los bienes y servicios que se requieren para vivir dignamente; las sociales, entendidas como el acceso sin restricciones a bienes públicos generadores de capital humano y bienestar, tales como la educación y la salud; y las políticas, o sea, el poder elegir libremente a los gobernantes y la forma de gobierno de la sociedad en que se vive. Quizá la mayor contribución de este autor es el haber incorporado la variable política en el proceso de desarrollo de un país, trascendiendo lo meramente económico o social de los enfoques anteriores (Sen, 2000).

Reflexión Final

Sin pretender ser comprensivos, en este capítulo se ha hecho una revisión de teorías sobre el desarrollo a lo largo de los dos últimos siglos, destacando las contribuciones de los principales autores. Lo importante, para efectos de lo que aquí concierne, es observar cómo a partir de los planteamientos iniciales de los clásicos, se adicionaron posteriormente otros elementos, hasta configurar un cuerpo sólido de lo que es hoy en día el estado del arte en materia de desarrollo. El ejercicio sirve el propósito de suministrar insumos básicos para el modelo de desarrollo humano sostenible que se propone en el siguiente capítulo.

Referencias

- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2012). *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Editorial Deusto.
- Adelman, I. (1964). *Teorías de desarrollo económico*. Fondo de Cultura Económica.
- Adelman, I. (1978). *Redistribution before growth - A strategy for developing countries*. University of Maryland. Department of Economics Working Paper.
- Adelman, I. y Morris, C. T. (1973). *Economic growth and social equity in developing countries*. Standford University Press.
- Aghion, P. y Howitt, P. (1997). *Endogenous growth theory*. MIT Press.
- Ahluwalia, M., Carter, M. y Chenery, H. (1979). Growth and poverty in developing countries. *Journal of Development Economics*, 6(3), 299-341.
- Altimir, O. (1978). *The extent of poverty in Latin-America*. Cepal.
- Banerjee, A. y Duflo, E. (2011). *Repensar la pobreza. Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global*. Editorial Taurus.
- Banguero, H. (1987). La racionalidad económica y social de una estrategia de desarrollo orientada a satisfacer las necesidades básicas de la población: con especial referencia a Colombia. *Revista de Planeación y Desarrollo*, XX, 3-4.
- Bervejillo, F. (1999). América Latina frente a la desigualdad. En *Progreso económico y social en América Latina*. BID.
- Burchi, S. y Ul Haq, M. (1981). Meeting basic needs: an overview. *World Development*, 9, 2.
- Chenery, H., Ahluwalia, M., Bell, C., Dulong, J. y Jolly, R. (1974). *Redistribution with growth*. University of Sussex.
- Coale, A. y Hoover, E. (1958). *Population growth and economic development in low-income countries: A case study of India's prospects*. Princeton University Press.

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (1990). *Transformación productiva con equidad*. Cepal, Oficina Regional de Educación de la Unesco para América Latina y el Caribe.
- Currie, L. (1974). The Colombian Plan 1971-1974: A test of the leading sector strategy. *World Development*, 2(10-12), 69-72. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(74\)90056-4](https://doi.org/10.1016/0305-750x(74)90056-4)
- Currie, L. (1966). *Accelerating development: The necessity and the means*. McGraw Hill.
- Dell, S. (1978). Necesidades básicas y desarrollo global. *Revista de la Cepal*, (5), 5-34.
- Domar, E. (1937). Expansion and employment. *The American Economic Review*, 37(1), 34-55.
- Domar, E. (1946). Capital expansion, rate of growth, and employment. *Econometría*, 14(2), 137-147. <https://doi.org/10.2307/1905364>
- Echeita, G. (2014). *Educación para la inclusión o educación sin exclusiones*. Ediciones de la U.
- Enke, S. (1971). Economic consequences of rapid population growth. *The Economic Journal*, 81(324), 800-811. <https://doi.org/10.2307/2230318>
- Enke, S. (1974). Reducing fertility to accelerate development. *The Economic Journal*, 84(334), 349-366. doi:10.2307/2231259
- Fukuyama, F. (1996). *Trust: The social virtues and the creation of prosperity*. Free Press.
- Galindo, M. A., y Malgesini, G. (1994). *Crecimiento económico. Principales teorías desde Keynes*. MacGraw Hill.
- Ghai, D., Khan, A., Lee, E. y Alftan, T. (1980). *The Basic-needs approach to development*. ILO.
- Graciarena, J. (1979). La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano. *Revista de la Cepal*, 8, 41-55.

- Griffin, K. y Khan, A. (1978). Poverty in the third world: Ugly facts and fancy models. *World Development*, 6(3), 295-304. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(78\)90109-2](https://doi.org/10.1016/0305-750x(78)90109-2)
- Gutkind, E. (1983). Towards basic needs policies in development planning. *ILO Working Paper*, (2-23/WP 47).
- Hagen, E. (1980). Why economic growth is slow. *World Development*, 8(4), 291-298. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(80\)90027-3](https://doi.org/10.1016/0305-750x(80)90027-3)
- Harrod, R. F. (1939). An essay in dynamic theory. *The Economic Journal*, 49(193), 14-33.
- Herrera, A., Scolnick, H., Chichilnisky, G., Gallopin, G., Hardoy, J. y Mosovich, D. et al. (1977). *¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo mundial latinoamericano. 30 años después*. IIED.
- Hicks, N. (1979). Growth vs basic needs: Is there a trade-off? *World Development*, 7(11-12), 985-994. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(79\)90066-4](https://doi.org/10.1016/0305-750x(79)90066-4)
- Hicks, N. (1982). Sector priorities in meeting basic needs: some statistical evidence. *World Development*, 10(6), 489-499.
- Hicks, N. y Streeten, P. (1979). Indicators of development: The search for a basic needs yardstick. *World Development*, 7(6), 567-580. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(79\)90093-7](https://doi.org/10.1016/0305-750x(79)90093-7)
- Hirschman, A. (1958). *The strategy of economic development*. Yale University Press.
- Hopkins, M. (1977). Basic needs approach to development planning: A view. *ILO Working Papers*, (WEP 232/WP3).
- Hopkins, M., Rodgers, R. y Wery, R. (1978). Evaluating a basic needs and population policies: The bachue approach. *International Labour Review*, 114(3), 261-279.
- Hopkins, M., Scolnik, H. y Mclean, B. (1975). Basic needs, growth and redistribution: a quantitative approach. *ILO Working Papers*.
- Hopkins, M., Torres, J. E. y Banguero, H. (1982). Necesidades humanas esenciales: teoría, modelo y resultados. En H. Banguero (Ed.). *Colombia 2000. Colección Debates. CEDE No. 4*. Pontificia Universidad Javeriana.

- Hopkins, M. y R. Van der Hoeven. (1979). Economic and social factors in development: A socio-economic framework for basic needs planning. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/WP 19).
- Hopkins, M. y Van der Hoeven, R. (1981). Modelling economic and social factors in development. *ILO Working Paper*, (WEP 2-32/WP 32).
- Hopkins, M. y Van der Hoeven, R. (1983a). Planificación y previsiones en materia de necesidades esenciales análisis de políticas y escenarios de cuatro países. *Revista Internacional del Trabajo*, 101(4).
- Hopkins, M. y Van der Hoeven, R. (1983b). *Basic needs in development planning*. Gower.
- International Labour Office (ILO). (1970). *Towards full employment. A Programme for Colombia*. ILO.
- International Labour Office (ILO). (1976a). *Employment, growth and basic needs: a one-world problem*. ILO.
- International Labour Office (ILO). (1976b). Tripartite World Conference on Employment, Income Distribution, and Social Progress and the International Division of Labour. En *Background papers. Vol. I: Basic needs and national employment strategies*. ILO.
- International Labour Office. (1979). *Follow-up of the world employment conference: Basic needs. Report VII. 65th session*. ILO.
- Isenman, P. (1980). Basic needs: The case of Sri Lanka. *World Development*, 8(3), 237-258. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(80\)90012-1](https://doi.org/10.1016/0305-750x(80)90012-1)
- Jorgenson, D. (1967). Surplus agricultural labour and the development of a dual economy. *Oxford Economic Papers*, 19(3), 288-312.
- Keynes, J. M. (1937). The economic consequences of a declining population. *Eugenics Review*, 29(1).
- Kocher, J. y Cash, R. (1979). *Achieving health and nutritional objectives within a basic needs framework*. Harvard Institute for International Development.
- Kravis, I. et al. (1978). *International comparisons of gross product and purchasing power*. John Hopkins University Press.

- Kuznets, S. (1955). Economic growth and income inequality. *American Economic Review*, 45(1), 1-28.
- Lal, D. (1978). *The basic needs approach at the third development decade*. University College.
- Leff, N. (1969). Dependency rates and savings rates. *The American Economic Review*, 59(5), 886-896.
- Leibenstein, H. (1954). *A theory of economic-demographic development*. Princeton University Press.
- Lewis, A. (1954). *Economic development with unlimited supplies of labour*. The Manchester School.
- Malta, J. (2013). *Desarrollo para la gente. Bases para el Inclusionismo*. Ideas Litográficas S. A.
- Malthus, T. R. (1951). *Ensayo sobre el principio de la población*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1999). *El capital. Crítica a la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Meerman, J. (1979). Public services for basic needs in Malaysia. *World Development*, 7(6), 615-634. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(79\)90097-4](https://doi.org/10.1016/0305-750x(79)90097-4)
- Meier, G. M. (1970). *Leading issues in economic development* (2 ed.). Oxford University Press.
- Mill, J. S. (1951). *Principios de economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Naciones Unidas. (1990 y siguientes). *Informe sobre el Desarrollo Humano*. Naciones Unidas.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty- First Century*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Quibria, M. (1982). An analytical defence of basic needs: The optimal-savings perspective. *World Development*, 10(4), 285-291. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(82\)90067-5](https://doi.org/10.1016/0305-750x(82)90067-5)
- Ranis, G. y Fei, J. (1961). A Theory of economic development. *The American Economic Review*, 51(4), 533-565.

- Ricardo, D. (1959). *Principios de economía política y tributación*. Fondo de Cultura Económica.
- Richards, P. J. y Leonor, M. D. (Eds.). (1982). *Target setting for basic needs*. ILO.
- Romer, P. (1986). Increasing Returns and Long-Run Growth. *Journal of Political Economy*, 94(5), 1002-1037. Retrieved April 20, 2021, from <http://www.jstor.org/stable/1833190>
- Romer, P. (1991). El cambio tecnológico endógeno. *El Trimestre Económico*. LVIII.
- Schumpeter, D. (1963). *Teoría del desenvolvimiento económico*. Fondo de Cultura Económica.
- Seers, D. (1972). What are we trying to Mmeasure? *The Journal of Development Studies*, 8(3), 21-36. <https://doi.org/10.1080/00220387208421410>
- Selowsky, M. (1981). Nutrition, health and education: The economic significance of complementarities at early age. *Journal of Development Economics*, 9(3), 331-346. [https://doi.org/10.1016/0304-3878\(81\)90011-0](https://doi.org/10.1016/0304-3878(81)90011-0)
- Sen, A. (1973). *Sobre la desigualdad económica*. Editorial Crítica.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Editorial Planeta.
- Sen, A. (2007b). ¿Por qué la equidad en salud? En A. Sen y B. Kliksberg, *Primero la gente* (pp. 61-78). Editorial Deusto.
- Sheehan, G. y Hopkins, M. (1979). *Basic needs performance*. ILO.
- Singh, A. (1979). The 'basic needs' approach to development vs the new international economic order: The significance of Third World industrialization. *World Development*, 7(6), 585-606. [https://doi.org/10.1016/0305-750x\(79\)90095-0](https://doi.org/10.1016/0305-750x(79)90095-0)
- Smith, A. (1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica.
- Solow, R. M. (1956). A contribution to the theory of economic growth. *Quarterly Journal of Economics*, 70(1), 65-94.
- Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*. Editorial Taurus.
- Streeten, P. (1979). Basics needs: Premises and promises. *Journal of Policy Modeling*, 1(1), 136-146. [https://doi.org/10.1016/0161-8938\(79\)90047-4](https://doi.org/10.1016/0161-8938(79)90047-4)

- Streeten, P. (1979). Growth, redistribution and basic human needs. *Beiträge Zur Diskussion Und Kritik Der Neoklassischen Ökonomie*, 105-121. doi: 10.1007/978-3-642-67326-9_9
- Swan, T. (1956). Economic growth and capital accumulation. *Economic Record*, 32(2), 334-361. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4932.1956.tb00434.x>
- Tarascio, V. (1971). Keynes on the sources of economic growth. *The Journal of Economic History*, 31(2), 429-444.
- United Nations. (1975). *Developing countries and levels of development*. United Nations Economic and Social Council.